Marta Corella
Ingeniera de Montes, aldeana e indígena de montaña

¿Queremos bosques o cenizas?

En este artículo, su autora aporta unas reflexiones muy personales sobre el estado de nuestros bosques, y la necesidad de recuperar el valor de lo que ellos significan para el bienestar de la sociedad. Señala dos grandes paradojas: una, que los municipios forestales son inmensamente ricos en patrimonio, pero están en la mayor indigencia económica, y otra, que, en el momento más crítico de cambio climático y calentamiento global, tenemos los bosques más vulnerables de nuestra historia. Concluye la autora que es necesario construir una conciencia basada en el conocimiento real del funcionamiento de los vínculos ancestrales con los espacios forestales que ocupamos, un conocimiento que debe venir de la mano de la ciencia.

Palabras clave:
Espacios forestales | Desarrollo rural | Territorios | Políticas públicas | Medio ambiente | Ecosistemas.

Quizá parezca una pregunta catastrofista, pero es que vivimos en una sociedad donde lo doloroso, lo feo, lo que duele, hay que esconderlo como si se tratara de la suciedad que se esconde debajo de la alfombra y que, como deja de ser visible, parece que no existiera, comportándonos de un modo absolutamente pueril.

Al afrontar la escritura de este artículo sobre gestión forestal, comencé la investigación de datos de los estudios más recientes, comprobando que hay cada vez más y de gran calidad y solvencia. Pero entendí que el problema no está en la falta de conocimiento académico, sino de conocimiento compartido socialmente acerca de los bosques, su evolución y su historia. Por ello decidí que este artículo sería más efectivo si trataba de indagar en las causas de la situación en la que se encuentran nuestros bosques, más allá del abandono rural o la falta de gestión forestal.

Hemos creado una sociedad donde la muerte es un tema tabú, a pesar de que, en los medios de comunicación la embuten en sensacionalismo y la muestran adornada de todo el morbo posible. Hemos desnaturalizado hasta lo que nos comemos, intentando anular su pasado, su historia… La carne viene de las bandejas que la contienen, la leche de los tetrabriks, los huevos se gestan en las hueveras, las ovejas viven en los zoos… ¿parece exagerado? Pues la realidad supera con creces la ficción.

Una visita inquietante

En una visita que hizo una amiga a mi hija el otoño pasado, tuve que adaptar la nevera para ella porque era vegana. La llamaremos Diana, aunque obviamente no es su nombre. Ella daba sus argumentos, y cómo no, en casa los respetamos. No soportaba el maltrato animal. Nosotros tampoco. Pero lo cierto es que sus valores se han forjado sobre conceptos extraños de entender para quienes tenemos las raíces en un pueblo y sabemos que es necesario sacrificar a los animales para alimentarnos. Le parecía un atraso y una gran crueldad. Desde luego no estaba en mi ánimo, ni creí que fueran mis funciones, educarla en el conocimiento de los ciclos naturales, en nuestra evolución o en los necesarios vínculos entre pobladores y bosques.

Durante su estancia, hicimos numerosas excursiones, y yo escuchaba atentamente sus expresiones y comentarios. Cada vez que veíamos un ciervo, corzo o gamo indistintamente, ella exclamaba diciendo "¡mira un bambi!"; al encontrarnos una amanita, ella veía la casa de un gnomo… hasta ahí, fue

Queremos los bosques de montaña que nos embargan de emociones cuando los transitamos y que por ello inducen a querer preservarlos a toda costa. Pero los queremos conservar sin entender cuáles son sus ciclos, envolviéndolos en misticismo, actuando de abanderados de la evolución natural y, por supuesto, sacando de la ecuación la mano humana, que, en las ciudades, todo lo ha arrasado. Este pensamiento tiene sentido en una mente urbana educada en el universo de la realidad virtual y con un sentimiento de culpa atrapado en el subconsciente, y eso sabiendo que, para que la ciudad crezca, todo lo previo ha tenido que desaparecer, sin llegar a imaginar que hay otras comunidades que sí han sabido establecer relaciones simbióticas con su entorno, y que romperlas es poner en peligro aquello que con tanto ahínco queremos preservar

incluso divertido ver su cara y sus expresiones de sorpresa ante cosas tan naturales y normales, como lo es que cada día salga el sol, aunque normalizarlo no signifique restarle ni un ápice de belleza.

Lo que me preocupó enormemente fue cuando nos encontramos con un rebaño de ovejas y gritó "Para, ¡¡¡paraaa!!!". Paramos el coche y bajamos. Ella miraba las más de mil ovejas como si estuviera viendo un milagro. Nunca había visto un rebaño, ni una oveja fuera del zoo... Pero lo mismo sucedió cuando encontramos a un vecino con una motosierra haciendo leña con las copas de los pinos de la última subasta. No podía entender que cortar un pino, que luego entraría en la cadena de mercado sustituyendo otros productos con un gran impacto negativo, es una acción que ayuda a preservar los bosques y mejora el medio ambiente... que esos huecos que se dejan en ese pino se llenarán de pequeños pinos que crecerán y aumentarán la capacidad de fijar carbono y proveerán de biomasa natural para darnos energía hasta que se genere un nuevo árbol madre.

Sinceramente me impactó, me ofendió y me conmovió a partes iguales ¿Cómo es posible que estemos privando de una información tan valiosa a las generaciones que tendrán que gestionar el futuro? ¿Cómo estamos dispuestos a transmitir tantos conocimientos académicos en la era de la comunicación y la telecomunicación y, a la vez, obviar los pilares donde se sostiene nuestra estabilidad social y nuestro desarrollo?

Diana entendía muy bien el concepto de sostenibilidad, pero como algo etéreo. No cabía en su cabeza que ese rebaño o ese vecino con su motosierra son en sí mismos la representación de la sostenibilidad. Ese rebaño de ovejas es la ganadería extensiva, que aporta servicios ecosistémicos impagables, pues su papel es esencial para nuestros bosques manteniendo pastos vigorosos sin que lleguen a matorralizarse, y fijando 7 kg de carbono por cada kg de canal, generando a su vez, alimentos de gran calidad. Además, el papel custodio de los habitantes y la gestión forestal son pilares esenciales para la preservación de los bosques.

Me sentí algo culpable, porque en algún momento había llegado a juzgarla duramente, sin por supuesto verbalizarlo, por esa visión tan infantil y de dibujos animados que tenía de la realidad que nos rodea. Pero en ese momento me di cuenta de que Diana, que ya no era una niña y que había pasado ya de los 20 años, es una víctima. Es una víctima de una sociedad que infantiliza la existencia de todo, escondiendo a la muerte que es la única realidad certera inherente a la vida. A Diana se le ha privado de entender los ciclos naturales, y el hecho de haber podido esquiar en verano, dentro de un centro comercial en pleno Madrid, le ha ayudado más bien poco.

Es una chica vegana que, de corazón, piensa que así ayuda a salvar al planeta, pero que no llega a comprender que la comida que ingiere con veganismo tiene una huella negativa altísima. No sabe que, en muchos casos, el alimento vegano ha atravesado el océano atlántico, que no se tiene el control de la calidad de vida de quienes lo elaboraron y que lleva un procesado mucho más costoso que el de una chuleta de cordero criado en ganadería extensiva y que tanto aporta a la conservación de los bosques de nuestro país.

Cómo explicarle, en esos pocos días, que hemos roto equilibrios necesarios, que recuperarlos es esencial y que, con todos mis respetos, ser vegana por motivos ajenos a la salud o conciencia propias, es absurdo. Pero ¿qué es la conciencia? ¿esas conclusiones a las que llegamos con la educación y la información que tenemos acerca de lo bueno y lo malo? Claro que intenté hacerle llegar información y acercarle otro punto de vista, otra forma de vida que no tiene nada que ver con la de las grandes ciudades, pero sin sermones o largos discursos, sin juicios y, por supuesto, sin hacer que se sintiera culpable. El problema no era ella. El problema es la sociedad que le ha hecho llegar esa información.

Acabó su visita. Diana se fue igual de vegana que vino, pero os aseguro, y creo no equivocarme, que su paso por casa dejó más huella en nosotros, que nosotros en ella. He pensado mucho en esa visita. Diana estaba obsesionada, estresada incluso, por salvar el planeta, sin entender que el planeta no nos necesita para nada y que seguirá su camino con o sin nosotros.

En su ánimo por protegerlo, se había hecho vegana. Entendía lo que veía en tiempo presente. No imaginaba que todo lo que presencia tiene una historia, un pasado y una evolución hacia el futuro y que preservarlo significa preservar vínculos esenciales, usos, costumbres y pobladores. Lo más alarmante es que esta historia no se forja en el carácter de una sola persona, que no es algo anecdótico o fruto de una moda pasajera. Hemos educado así a gran parte de nuestra sociedad en las últimas décadas.

¿Y con estos mimbres se pretende conservar, no el territorio, que esto sería mucho pedir, sino los bosques albergados en él? Queremos los bosques de montaña que nos embargan de emociones cuando los transitamos y que por ello inducen a querer preservarlos a toda costa. Pero los queremos conservar sin entender cuáles son sus ciclos, envolviéndolos en misticismo, actuando de abanderados de la evolución natural y, por supuesto, sacando de la ecuación la mano humana, que, en las ciudades, todo lo ha arrasado. Este pensamiento tiene sentido en una mente urbana educada en el universo de la realidad virtual y con un sentimiento de culpa atrapado en el subconsciente, y eso sabiendo que, para que la ciudad crezca, todo lo previo ha tenido que desaparecer, sin llegar a imaginar que hay otras comunidades que sí han sabido establecer relaciones simbióticas con su entorno, y que romperlas es poner en peligro aquello que con tanto ahínco queremos preservar.

La naturaleza no nos necesita para nada. Puede reinventarse una y otra vez, adaptando la vegetación y los ecosistemas a través de sus propios ciclos y herramientas de rejuvenecimiento, entre ellas el fuego. Se nos olvida que el fuego es un elemento natural; que gran parte de nuestra evolución como seres humanos parte del manejo y el control del fuego, y que estamos perdiendo el lenguaje de nuestro entorno, ese lenguaje que nos hacía entender los ciclos naturales, extrayendo sus recursos sin comprometer el futuro del entorno, que, en definitiva, era el propio

Entender la historia

Por ello, entender la historia de lo que vemos es esencial para corregir o preservar. En España, se gestó una de las primeras figuras de protección del mundo: el catálogo de Montes de Utilidad Pública, que se impulsó a mediados del siglo XIX en un intento de preservar los bosques de las cabeceras de las cuencas hidrográficas. Con ello se entendía que eran esenciales para el conjunto de la sociedad, pues son los reguladores de los caudales hídricos de dichas cuencas.

Estos bosques, en su inmensa mayoría, eran, y son, propiedad de los pequeños municipios que los habitan y fueron declarados inembargables, imprescriptibles e inalienables, pasando su gestión a manos del Estado. Se inició entonces un proceso de gestión forestal ligado a la producción de madera, sin comprometer en ningún caso el futuro de las masas tratadas; sólo hay que pasearse por ellas para entender que, lejos de mermar la superficie de bosque arbolado, ésta aumentó.

Se desarrolló entonces una industria ligada al territorio y a los recursos que ofrecía, adaptada a él y no al revés, con la creación de miles de puestos de trabajo vinculados a esas industrias y otros tantos ligados directamente a la gestión. Cuadrillas diarias de más de una veintena de personas salían cada mañana de cada pequeño pueblo forestal y se adentraban en nuestros bosques para llevar a cabo labores de conservación tales como mantenimiento de caminos, aclareo de masas arboladas en crecimiento, desbroce de matorral invasivo, marcaje de árboles para su corta, cubicaje en cargadero antes de ser transportados por el maderista…

El bosque gestionado y sus gentes formaban un gran equipo. En los años 1980, hay dos hechos que rompen drásticamente este equilibrio: por un lado, el Estado transfiere las competencias de gestión de los Montes de Utilidad Pública a las Comunidades Autónomas y, por otro, se asumen con fuerza las ideas de movimientos ecologistas importados, sobre todo desde EEUU, que poco o nada tenían que ver con nuestra realidad.

Además, el sector forestal queda ausente del sector primario en los libros de texto y aparecen mensajes sensacionalistas negativos acerca de lo que es la gestión forestal. Por ejemplo, "Cortar árboles es malo". Se formó la red Natura 2000, engrosándola con Parques Naturales y Parques Nacionales, que, en muy contadas ocasiones, albergan en sus Planes de Ordenación de los Recursos Naturales (PORN) o en sus Planes Rectores de Uso y Gestión (PRUG) la protección e impulso de los vínculos necesarios entre pobladores y bosques, o la necesidad de la gestión para así garantizar su futuro.

Como consecuencia de todo esto, los municipios forestales se empobrecieron y se castraron las oportunidades de futuro, secuestrando unos bienes de forma totalmente impensable en el entorno urbano, lo que provocó un éxodo de habitantes con no retorno, y así se fue perdiendo la memoria forestal.

Dos grandes paradojas actuales

- **Los municipios forestales son inmensamente ricos en patrimonio, pero están en la mayor indigencia económica.**
  Los pequeños pueblos forestales no reciben compensación alguna por los servicios ecosistémicos que prestan al conjunto de la sociedad: agua, regulación de caudales hídricos, captura de carbono, espacios de ocio y tiempo libre… Mientras las grandes empresas se ahorran cánones de cuantías inimaginables debido a su impacto negativo, los pequeños pueblos propietarios de los bosques que generan beneficios, no perciben absolutamente nada, y permanecen en el ostracismo administrativo y en la pobreza más perversa.

  Pero no sólo eso, la falta de gestión forestal impide poner en el mercado los recursos sostenibles que los bosques ofrecen, a pesar de ser necesarios para una transición ecológica, justa y sostenible, que, además de castrar los ingresos de esos pueblos propietarios, genera un gran riesgo para la preservación de espacios, lo que nos lleva a la segunda paradoja.

- **En el momento más crítico de cambio climático, tenemos los bosques más vulnerables de nuestra historia.**
  Insisto, la naturaleza no nos necesita para nada. Puede reinventarse una y otra vez, adaptando la vegetación y los ecosistemas a través de sus propios ciclos y herramientas de rejuvenecimiento, entre ellas el fuego. Se nos olvida que el fuego es un elemento natural; que gran parte de nuestra evolución como seres humanos parte del manejo y el control del fuego, y que estamos perdiendo el lenguaje de nuestro entorno, ese lenguaje que nos hacía entender los ciclos naturales, extrayendo sus recursos sin comprometer el futuro del entorno, que, en definitiva, era el propio.
  Este manejo y gestión, que por su propia esencia es la definición del principio de la "sostenibilidad", pasó desapercibido para quienes abanderaron este principio. Se pensó que ser sostenible era un descubrimiento moderno necesario para no comprometer el futuro del planeta… Una vez más, era un pensamiento urbano exportado al medio rural, que no profundizó en los vínculos, procesos, historia… de nuestros territorios.
  Y ¿por qué tenemos los bosques más vulnerables de nuestra historia? Porque se abandonaron usos y gestión del territorio (incluida la forestal, por supuesto); porque se fue perdiendo la cultura forestal, y los montes están colapsados de biomasa, que no es lo mismo que biodiversidad. Se han homogeneizado, se han perdido los paisajes tipo mosaico, los claros, los pastos se han matorralizado… Repito, para la naturaleza no es ningún problema. El problema es nuestro. ¿Podríamos vivir sin el agua que aportan los bosques y sin su regulación hídrica, lo que comprometería la seguridad de po-

Nos espantamos ante los incendios denominados de sexta generación, que se han convertido en verdaderas bombas atómicas, que evolucionan fuera de cualquier capacidad de extinción humana; que afectan a viviendas, a la vida de las personas y de todo ser vivo que encuentren a su paso. Pero seguimos insistiendo en adquirir más hidroaviones, más medios… cuando el problema realmente lo tenemos en el territorio, un territorio que abandonó sus costumbres, su uso y el idioma del entorno, y una sociedad que abrazó la idealización de los espacios sin cuestionarse las consecuencias de la NO intervención

blaciones aguas abajo, que se verían afectadas por inundaciones? ¿Se podría prescindir de su papel como secuestradores de carbono y mejoradores del aire que respiramos? Y así, un largo etcétera. Si la respuesta es no, vamos con retraso. Urge tomar medidas que vayan mucho más allá de adquirir el mejor hidroavión de extinción y que ya se ha demostrado que, en los grandes incendios actuales, son como las bicicletas en un pantano.

Nos espantamos ante los incendios denominados de sexta generación, que se han convertido en verdaderas bombas atómicas, que evolucionan fuera de cualquier capacidad de extinción humana; que afectan a viviendas, a la vida de las personas y de todo ser vivo que encuentren a su paso. Pero seguimos insistiendo en adquirir más hidroaviones, más medios… cuando el problema realmente lo tenemos en el territorio, un territorio que abandonó sus costumbres, su uso y el idioma del entorno, y una sociedad que abrazó la idealización de los espacios sin cuestionarse las consecuencias de la NO intervención.

Es curioso que sólo busquemos las causas que han provocado la degradación de un paisaje, una contaminación, una situación que queremos remediar y, sin embargo, no las busquemos en lugares que nos fascinan. Nos hemos salido de la ecuación de la naturaleza, pero formamos parte de ella. Poco a poco vamos cayendo en la cuenta de que la despoblación y el abandono del territorio ya no es un asunto que queda en el plano romántico produciendo añoranza y melancolía. Es un reto que tenemos que afrontar, desde el conocimiento profundo de la historia de los espacios que queremos preservar, porque en ello nos va la supervivencia de la especie humana.

Marc Castellnou nos habla de la paradoja de la extinción. Fuimos muy eficaces apagando incendios cuando el abandono rural empezó a hacerse presente en los montes, a través de los fuegos… Pero como no ha habido retorno al medio rural, ni se han recuperado usos y cultura, esa eficacia nos ha traído monstruos imposibles de atajar. Nos lo cuenta Victor Resco en un estudio que pone de evidencia que los espacios protegidos son más vulnerables ante el fuego. Cuanto más protegidos, más riesgo. Carmen Hernando, Directora del CIFOR-INIA (CSIC) también experta en este tema, insiste en la necesidad de gestión. Y podríamos seguir con una larga lista de investigadores y expertos, que nos dirían lo mismo.

¿Por qué entonces surgen movimientos que apuestan por la no intervención en el bosque? Claramente por conciencia. Por esa conciencia, que, como ya hemos dicho, se ha modulado y configurado con las claves erróneas. Entender que nuestra interacción con el entorno que habitamos no siempre ha sido negativa, es algo necesario y urgente de explicar. Reaprender aquel idioma que una vez se habló, es algo esencial. Recuperar ese lenguaje que tiene el campo, el monte,

el bosque… y que tan bien sabían hablar nuestros mayores; los ciclos de la vida y la muerte, las relaciones simbióticas entre pequeñas comunidades y el espacio que habitan…

Reflexiones finales

Comprendo que sea complejo en una sociedad instalada en el YA y en el AHORA, implantar la semilla de largos procesos que tienen pasado y futuro, donde el presente tiene una relevancia insignificante, que, para bien o para mal, nos ayuda más bien poco.

A pesar de ello, la imagen que se tiene de los bosques es absolutamente estática. Es la imagen captada en esa foto que hicimos en ese paseo por un lugar idílico y que esperamos encontrar intacto cuando volvamos, no importa si pasa un año o pasan veinte. No nos hemos preguntado qué ha sucedido para que lo encontremos así, ni cómo evolucionará después de esa instantánea. No nos planteamos que, como entes vivos, los bosques evolucionan, envejecen y, si no actuamos imitando los ciclos naturales (selvicultura), utilizan sus herramientas y rejuvenecen abriendo el camino a nuevos escenarios, sin prisa ninguna…

No queremos tocarlos, porque decimos que la naturaleza es sabia. Pero cuando hay un incendio queremos correr a extinguirlo y buscamos el culpable-cerilla, aunque en esos momentos conocer la causa de la ignición tenga poco peso específico en la ecuación de las causas de un gran incendio.

"Han cambiado mis recuerdos", me reprochaba un joven cuando hubo que intervenir ante el derribo de decenas de miles de pinos en un precioso valle llamado Hoz Seca (localmente Oceseca, primer afluente del Tajo) en Orea. No supo responder cuando le pregunté cuáles eran los recuerdos, ¿los de su padre, los de su abuelo? No podía concebir que ese valle en algún momento estuvo cultivado, ni que el abandono de esa actividad de cultivo fue el espacio que ocupó el bosque y que, ante la falta de gestión, la altísima densidad de árboles lo hace vulnerable ante un temporal de nieve tardía cargada de agua y viento.

Quizá nos genere inseguridad asumir que todo puede cambiar en un instante, y resulte difícil aceptar que la sabia naturaleza pueda actuar privándonos de semejante paraíso. Pero como ya he dicho, ella, la naturaleza, tiene todo el tiempo (que a nosotros nos falta) para borrar lo que conocemos de un plumazo y crear sin prisa un nuevo escenario. En el camino se liberan miles de toneladas de CO_2 con los incendios, se gasta en extinción más de lo que costaría la prevención, se convierte en cenizas lo que queríamos preservar y se condena al ostracismo y a la pobreza sin retorno a sus pobladores durante décadas.

¿Es lo que buscábamos? Claramente, no. Pero hay que decir alto y claro que eso es lo que estamos provocando. ¿Queremos remediarlo? Construyamos una conciencia que se base en eso, en el conocimiento real del funcionamiento de los vínculos ancestrales con el espacio que ocupamos, de la mano de la ciencia. ■